

La Cuestión Racial y las Universidades Norteamericanas

En un artículo publicado por The Washington Post en diciembre del año próximo pasado, sobre el problema de la pugna en las universidades norteamericanas para aceptar la integración racial en las aulas, leemos entre otros conceptos ilustrativos los siguientes:

Una buena mayoría de estudiantes negros hubiera podido asistir a instituciones de color desde hace 20 años si hubiera podido inscribirse en ellas. Al mismo tiempo de que no había suficientes instituciones, desde esas fechas las barreras raciales oficiales comenzaron a ser abatidas en las universidades y colegios; en efecto, los impedimentos empezaron a caer desde la década de los 60, periodo marcado por una gran agitación. En algunos bastiones del racismo como la Universidad de Alabama en Tuscaloosa, los blancos se resistieron violentamente a que ingresaran los negros. En otras fortalezas, como Cornell, los nuevos estudiantes negros se manifestaron, a veces en forma intransigente, a fin de que hubiera más profesores negros, más administradores negros, más estudiantes negros, en fin.

A la fecha, las universidades norteamericanas están tranquilas. La abierta y estruendosa hostilidad racial de los años 60 ha desaparecido en muchos lugares. Pero esto es sólo en apariencia, porque ha sido sustituida por algo diferente, que es una suerte de paz separada que hace dudar del sueño de alcanzarse la armonía racial en América, asunto que toca el tema de si realmente es efectivo el deseo o voluntad de mantener la integración racial pese a todo.

Las dudas se presentan cuando se visita los colegios y las universidades, cuando se habla con los miembros de las facultades y con los administradores y con los estudiantes que serán los formadores de la sociedad el día de mañana.

Por ejemplo, hay una fricción cultural; es decir, dos culturas en choque literal. Los tipos de música que se toca en las estaciones de radio locales llevan a disputas entre las razas.

Hay un choque cultural que se da con un aplastante sentimiento de aislamiento, miedo e inseguridad entre muchos estudiantes negros que dicen experimentarlo cuando se encuentran en un campus predominantemente blanco, especialmente si éste se encuentra en un área blanca en lo absoluto.

Hay orgullo y prejuicio -a veces indistintos uno del otro-, y que se muestra en lo que los blancos llaman tradición y que usualmente significa fraternidad sólo para blancos y que tiene como reacción lo que los negros llaman solidaridad negra, y que usualmente significa coaliciones de estudiantes negros, periódicos y revistas negros, estudios negros, etcétera.

Hay programas de educación especial para estudiantes de las minorías. Pero muchos negros dicen que estos programas hacen tanto daño como bien pretenden, pues los estigmatizan al hacerlos entrar a las instituciones como inferiores a los otros. Es difícil, si no imposible, establecer relaciones interraciales desde una posición de debilidad.

Existe, además del factor económico, el elevado coste de las colegiaturas. Cada día es más difícil que las universidades subsidien a algunos estudiantes. Familias blancas, de ingresos medios, con dos o tres hijos estudiando, ya no pueden enviar con desahogo a sus hijos a universidades prestigiadas porque han aumentado demasiado los costes. Los padres blancos piden ayuda a las universidades. Esta ayuda, por desgracia, será mermando la ayuda que se presta (se pretende prestar) a los negros.

El estado en el que actualmente se encuentra la integración racial es de no discriminación, pero nada más. Los grupos siguen sin mezclarse casi. Sin embargo se ha comenzado, y juntos los blancos y los negros tendrán que recorrer todavía un largo camino.